

6. El trabajo de catequizar a aquellos pobrecitos era bastante para ejercitar la paciencia y caridad de cualquier espíritu fervoroso. Pero añábase a estas fatigas otra muy ordinaria, cual era el asistir a los negros enfermos, sobre todo en tiempo de epidemias. Ya en las naves adolecían muchos, y nunca desembarcaban los negros sin que se viera entre ellos un número mayor o menor de infelices a quienes era necesario sacar de los buques en brazos ajenos. Después, con el clima ardiente de Cartagena, era bastante fácil desarrollarse o la viruela u otras enfermedades contagiosas entre aquellos infelices; y aun cuando no les quitasen la vida, les hacían padecer horrores en medio de un desamparo que daba compasión. Los biógrafos de San Pedro Claver nos hacen unas descripciones tan realistas de la hediondez y enfermedades en que caían estos negros, que la delicadeza moderna se resiste a reproducirlas.

Nuestro P. Claver era como el confesor, enfermero y asistente titular de todos los infelices, que no tenían en el mundo otro amparo ni remedio. Él preguntaba casa por casa los negros enfermos que había; él se informaba de lo que habían menester, y, sobre todo si estaban en peligro de muerte, él acudía para administrarles los últimos sacramentos, y más de una vez sucedió que en sus brazos expiraron, consolados, los pobrecitos negros. Esta asistencia le había de costar, como era natural, el vencer la repugnancia que producían las asquerosas llagas de aquellos enfermos. No sabemos si en la historia de la Iglesia se hallan prodigios de caridad corporal como los que se cuentan de este santo varón. Para muestra presentaremos al lector un caso que nos refiere el H. Nicolás González, presenciado por él en 1634 (1).

Avisaron al Santo, que en casa de D.<sup>a</sup> María de Maza se hallaba a la muerte una pobre negra atacada de viruela. La tenían encerrada en un camaranchón, en lo alto de la casa, para que no inficionase con su enfermedad a todos los demás. Subió el Padre hasta el cuarto de la enferma, acompañado por el H. Nicolás González. Cuando abrieron la puerta, sintió el Hermano salir de aquel camaranchón un hedor tan intolerable, que se quedó pálido e iba luego a desmayarse. Conociólo el P. Claver, y le mandó quedarse fuera. Dejó la puerta abierta, y a una distancia de cuatro o cinco pasos, puesto el Hermano en sitio en que corriera el aire, y repuesto de su primera impresión, presenció lo que hacía dentro del aposento el P. Claver. Por de

(1) Véase su testimonio, f. 19.

pronto aplicó a los labios de la enferma el santo crucifijo; le anunció que venía a consolarla y a remediar sus males en cuanto pudiese, y la indujo suavemente a confesarse de sus pecados, preparándose de este modo para lo que Dios dispusiera de ella. La enferma se mostró enteramente dócil a todo lo que mandaba el Padre. Entonces éste se sentó en el suelo, y tomando una postura incómoda para poder escuchar a la enferma, estuvo así todo el tiempo que duró la confesión. Después de haberla absuelto, la administró el santo sacramento de la Extremaunción.

Quejábase la enferma de que tenía una cama muy dura, y así era la verdad, pues estaba tendida en unos miserables sacos que hacían veces de jergón. El Santo llamó a un negro que le acompañaba como intérprete. Extendió su manto en medio del aposento, y tomando con el negro a la enferma, la puso sobre él. Le limpió las llagas y se las vendó como pudo, y después removió aquellos miserables sacos y compuso la cama de suerte que fuera menos incómoda. Cuando estuvo esto arreglado, tomó otra vez a la enferma con el negro y la acomodó en la cama. Observó el H. Nicolás que cuando levantaron del suelo a la enferma quedaba el manto del P. Claver hecho una miseria, por los grandes manchones de podre que la enferma había dejado allí.

Esta escena no era un caso extraordinario en la vida del Padre; era en ciertos tiempos faena cotidiana. Según decía el H. Nicolás, hubo día en que fué necesario limpiar siete veces el manto del P. Claver de las inmundicias que dejaban los dolientes, a quienes tendía sobre él para componerles la cama. Y, sin embargo, prodigio singular, que aseveró el Hermano y confirmaron otros testigos: aquel manto, contaminado con las hediondeces de tantos enfermos, nunca olía mal, y algunas veces hasta despedía fragancia particular, premio con que Dios significaba, cuánto se complacía en los excesos de caridad que el santo varón ejercitaba con los enfermos.

Como es de suponer, esta caridad había de costar al P. Claver actos de abnegación y mortificación increíbles, para reprimir las repugnancias y bascas que algunas veces sintió a la vista de ciertas enfermedades. Pero la victoria que obtuvo en estos casos es también otro prodigio del heroísmo de la caridad, que no sabemos si se ha visto en el mismo grado en otro santo alguno. Cierta día, al acercarse a un negro lleno de llagas, sintió removérsele el estómago y experimentó una repugnancia terrible, que le desviaba del enfermo. Cuando el P. Claver se dió cuenta de esta oposición de su natura-

leza, se retiró un poco, sacó unas disciplinas, y después de haberse ensangrentado las espaldas con azotes, se acercó decididamente al enfermo y juntó su rostro y su lengua con sus llagas, para vencer poderosamente la fuerza de la tentación. Este mismo acto lo renovó muchas veces, con lo cual dicho se está, que Dios Nuestro Señor le concedió durante toda su vida una victoria sobre su naturaleza y una facilidad en asistir a los enfermos, que todos miraban como verdaderamente milagrosas (1). Y, en efecto, milagro debemos llamar el que resistiera un hombre tantos años a la fatiga de asistir a enfermos tan repugnantes, en un clima tan enervante para los europeos, y sobre todo, tratándose, por otro lado, con un rigor de penitencia que bastaría para debilitar las fuerzas de un sujeto robusto. La gracia de Dios suplió en este caso al defecto de la naturaleza, y el P. Claver tuvo fuerzas para trabajar con brío, para asistir a los enfermos y para castigar a su cuerpo, juntando la más fervorosa caridad con la más rígida penitencia.

No se contentaba con servir a los negros el P. Claver. Ofrecíase también a los enfermos de dos hospitales que había entonces en Cartagena. El de San Sebastián estaba a cargo de los Hermanos de San Juan de Dios, y era como el hospital ordinario de la ciudad. Allá eran recogidos los dolientes ordinarios, y sobre todo había gran concurso de ellos, cuando las armadas españolas se detenían en el puerto de Cartagena.

El P. Claver, cuando le daban tiempo las otras ocupaciones forzosas, corría al hospital de San Sebastián, presentábase allí sin manteo, con una pobre sotana y con la escoba en la mano, y poníase a las órdenes del Hermano religioso que cuidaba de los dolientes. Era el primero en barrer las salas, en trasladar los enfermos, en asistir a su curación, en trabajar, en fin, como el esclavo más sufrido, y todo esto sin querer tomar nunca el más leve refrigerio, por más que se lo ofreciesen caritativamente los religiosos de San Juan de Dios.

Con la caridad corporal juntaba el Santo la espiritual. Era bastante ordinario tropezar en aquel hospital con pecadores endurecidos en los vicios, con hombres ignorantes del catecismo, con almas, en fin, olvidadas de Dios y muy necesitadas no sólo de los consuelos y alivios corporales, sino más aún de la luz y dirección espiritual. El P. Claver, después de consolar a los afligidos, les inducía suavemente a purificar sus conciencias en el sacramento de la confesión.

(1) Véase al P. José Fernández, l. II, c. 8.

De ley ordinaria ninguno se le resistía. Oyó allí confesiones de pecadores que largos años no se habían acercado a los sacramentos, y dejó más curados en el espíritu que en el cuerpo a muchísimos enfermos, a quienes la Divina Providencia traía indudablemente a las manos de tan solícito Padre espiritual.

Las mismas y aun mayores finezas ejerció en el hospital de San Lázaro, donde solían recogerse los enfermos de la lepra y de otras dolencias incurables. En nuestros días se hubiese llamado leprosería a este establecimiento. El P. Claver visitaba solícito a los desventurados que allí esperaban la muerte. Él era como su confesor más asiduo. Él procuró con el Gobernador de la ciudad que se mejorasen las condiciones del edificio y se facilitasen los medios de que pudiesen oír misa y recibir la comunión más a menudo aquellos pobrecitos enfermos, que cuando llegó a Cartagena el P. Claver tenían muy poca asistencia espiritual y corporal. Asombra verdaderamente cómo en tantos años de fatigas no contrajo el P. Claver alguna dolencia grave, y no perdió la vida entre el continuo trabajo de tantas y tan variadas tareas, conformes solamente en ser superiores a lo que parece puede resistir nuestra pobre naturaleza (1).

Juntamente con esto, era el Padre asiduo en el confesonario, y sobre todo los días de fiesta estábanse en él largas horas oyendo las confesiones de todos los que acudían a nuestra iglesia, pero principalmente de los negros, que eran sus más frecuentes parroquianos. En tiempo de cuaresma sucedió algunas veces prolongar tanto el trabajo de las confesiones, que le daban algunos desmayos. Entonces llamaba al Hermano sacristán Nicolás González y le pedía un pañuelo empapado en vino; aplicaba esto a las narices y con ello sentía alivio y refrigerio, y sin otras delicadezas continuaba adelante en el trabajo de oír confesiones. Sin embargo, algunas veces fué necesario sacarle en peso del confesonario, porque había perdido enteramente el sentido y se había desmayado con la excesiva fatiga (2).

7. La caridad del P. Claver no se ejerció solamente con los españoles y con los negros que habitaban en Cartagena. También tuvieron parte en sus beneficios los moros y turcos que desembarcaban en aquel puerto. Generalmente eran hombres que remaban en

(1) Sobre la asistencia del P. Claver en los hospitales, véase el testimonio del H. Nicolás González, f. 45.

(2) *Ibid.*, f. 54.

las galeras españolas, pues en aquel tiempo el oficio de remero lo hacían muy comúnmente los cautivos: los moros en galeras españolas, y los cristianos en las musulmanas. Además de estos galeotes, no faltaban en Cartagena moros berberiscos que atravesaban el Atlántico, y desembarcados en el Nuevo Mundo buscaban el modo de ganar la vida, haciéndose de ordinario criados y peones de los españoles que poblaban aquel país. El celo del P. Claver no le permitía descuidar a estas almas tan abandonadas. Tropezó en la conversión de ellas con la dificultad tan conocida del fanatismo musulmán, el más terco de todos los fanatismos. No había modo de persuadir a aquellos hombres que renunciaban a la secta de Mahoma y abriesen el entendimiento a las verdades de nuestra fe. El P. Claver tomaba por medio perseverar constantemente en hacerles los beneficios que podía, en atraerlos con suavidad, en ganarles el corazón, y con esta humilde constancia logró insignes victorias del fanatismo musulmán.

Son conocidos dos casos que se refieren en la Vida del Santo. A un moro estuvo brindando con la gracia de Dios y exhortando a convertirse, por espacio de veintidós años. Por más que el moro se cerraba siempre en su obstinación, no se cansaba nunca el P. Claver, y siempre humilde, siempre obsequioso, siempre constante, perseveró en sus exhortaciones, hasta que Dios envió al musulmán la enfermedad de muerte. Fué entonces trasladado al hospital de San Sebastián, y allí le fué a buscar la caridad de nuestro Santo. Cuando el fanático moro recapacitó el larguísimo tiempo que el P. Claver le había estado exhortando, cuando reconoció la invencible paciencia de aquel hombre que había continuado con él durante veintidós años tan buenos oficios, no pudo resistir a tal exceso de caridad, y reconoció la santidad de una ley que enseñaba a los hombres a sacrificarse de aquel modo por el prójimo. Abjuró, pues, la secta de Mahoma, recibió el santo bautismo, y expiró piadosamente en los brazos de San Pedro Claver. Otro caso semejante le sucedió con otro moro, cuya conversión le costó treinta años de ruegos y de instancias. A los treinta años se ablandó aquella alma endurecida, y el P. Claver le regeneró en las aguas del bautismo. Parecidos ejemplos se refieren de otros turcos y moros, cuyas almas ganó para Cristo (1). Todas eran conversiones largas, compradas a costa de mil negativas, de mil desaires, tal vez de insultos y despropósitos que debía

(1) *Ibid.*, f. 43. Véase también al P. Fernández, l. III, c. 5.

padecer el siervo de Dios, sin cansarse ni amilanarse nunca, hasta que por fin triunfaba de la resistencia del enemigo.

También tuvo el consuelo nuestro Santo de reducir al gremio de la Iglesia a cierto número de herejes. Don Fadrique de Toledo, enviado por nuestro Rey contra una expedición de ingleses y holandeses piratas que se habían establecido en una isla junto al continente americano, logró cumplida victoria sobre ellos y los llevó cautivos a Cartagena. Allí estuvieron presos largo tiempo en las mismas naves que los conducían. El P. Claver trasladóse a ellas deseoso de reducir a la fe a los ingleses y holandeses. Por de pronto tuvo medio de entenderse con uno a quien llamaban ellos Arcediano de Londres, y era la dignidad más conspicua en el orden eclesiástico que se hallaba entre aquellos cautivos. Tuvo el Santo largas conferencias con él, y logró refutar poco a poco las principales ideas y errores que suelen tener imbuídas las mentes de los herejes. Aunque no se rindió por de pronto el arcediano, pero al poco tiempo envióle Dios una peligrosa enfermedad. Traslado al hospital de Cartagena, abrió allí los ojos a la luz y volvió al seno de la Iglesia, gracias a la caridad insaciable de San Pedro Claver. Abjuró sus errores, y arrepentido sinceramente de sus extravíos, murió asistido por el Santo con claras muestras de predestinación. La conversión del arcediano trajo en pos de sí la de otros muchos herejes, y sobre todo se rindieron al golpe de la gracia muchos de ellos que se sintieron acometidos de grave enfermedad. La proximidad de la muerte y la caridad solícita del P. Claver obtuvieron de todos estos enfermos que murieran en paz con nuestra Santa Madre la Iglesia (1).

8. Continuaba en sus fatigas el apóstol de los negros hasta que Dios le envió su última enfermedad en 1650. Preguntóle por entonces el H. Nicolás González cuántos negros, poco más o menos, habría bautizado desde que empezó este ministerio. Respondió el Santo que ya pasaban de 300.000 (2). No lo quiso creer el Hermano, juzgando que no podían haber desembarcado en Cartagena tantos negros desde que allí vivía el siervo de Dios. Con todo eso, queriendo verificar la cuenta, preguntó a los oficiales reales y a varias personas inteligentes, y vino a sacar en limpio que, en efecto, desde el año 1615 habían desembarcado en Cartagena más de 300.000 negros, y como a todos asistía y catequizaba sin faltar el P. Claver, se infiere que todos ellos

(1) Fernández, l. III, cc. 3 y 4.

(2) Véase el testimonio del H. Nicolás González, f. 28.

fueron otras tantas victorias de nuestro heroico apóstol. Hemos leído en otra deposición de los testigos, que se acercaron a *cuatrocientos mil* los negros convertidos por San Pedro Claver. Pocos hombres se habrán presentado a las puertas del cielo, llevando en pos de sí un ejército de almas tan numeroso, como el que rodea al incomparable apóstol de los negros.

Ya se sentía anciano, cuando le visitó el Señor con una enfermedad que los médicos apenas pudieron entender, ni mucho menos curar. Empezóse a sentir débil en los brazos y piernas, y continuamente le molestaba un temblor nervioso, que no le permitía valerse de las manos casi para nada (1). Al cabo de algunos meses le fué imposible decir misa; hubo de contentarse con recibir todos los días la sagrada comunión, y lo hacía entre los fieles que acudían a nuestra iglesia. Pasó algún tiempo, y ni siquiera esto le fué concedido; sus piernas y brazos rehusaron todo servicio, y quedó el P. Claver enteramente baldado, sin poder ni vestirse, ni andar, ni levantarse, ni comer por su mano, ni hacer casi nada para valerse en las necesidades de la vida. Por otro lado, sobrevino entonces en Cartagena, el año 1651, aquella peste calamitosa que segó tantas vidas y llevó al sepulcro a nueve de los sujetos de aquella casa. Esta desgracia redujo el personal del colegio a la última expresión, y sólo había en casa los sujetos necesarios para desempeñar los más indispensables oficios de la comunidad. Con esto el pobre tullido quedó al cuidado de un negro que se alquiló para este oficio, y que no era ninguna especialidad en el cargo de enfermero. Este negro le vestía, le daba de comer, le trasladaba en una silla de un lado a otro, y el santo varón no podía hacer otra cosa sino sufrir sus dolores y orar continuamente a Dios Nuestro Señor. Los últimos dos años, por la mañana, entre el H. Nicolás González y el negro enfermero le trasladaban en peso en un sillón al coro de la iglesia. Allí le dejaban oyendo las misas que se decían y rezando sus devociones. De vez en cuando subían al coro algunos hombres, sobre todo negros, que deseaban tener el consuelo de confesarse con su amadísimo P. Claver. Oía sus confesiones desde la silla, y éste era el único ministerio espiritual que pudo ejercitar en los últimos años de su vida. Un consuelo delicado le deparó en 1653 la Divina Providencia. Llegó a Cartagena un ejemplar de la Vida de San Alonso Rodríguez, escrita por el

(1) Sobre la enfermedad y muerte del P. Claver véase el testimonio del H. Nicolás González, ff. 60-68.

P. Colín, e impresa el año 1652. El santo varón, que ya no podía valerse de sus manos para nada, rogaba en ciertos ratos al H. Nicolás González que le trajese el libro y le fuese leyendo la vida de su antiguo maestro. Traíalo el Hermano, y escuchaba el santo varón con indecible consuelo las relaciones de las virtudes del antiguo portero de Mallorca. Observaba el H. Nicolás González que algunas veces, mientras él leía, corrían suavemente las lágrimas por el rostro del P. Claver.

De este modo se dispuso para el último trance, que le llegó después de cuatro años de penosa enfermedad. Ya al principio de ella le habían administrado el Santo Viático. En los primeros días de Setiembre de 1654 advirtieron todos que decaía visiblemente el enfermo y que su muerte no podía dilatarse mucho. El día 7, por la mañana, le administró el P. Rector el sacramento de la Extremaunción, y poco después quedó inmóvil, sin poder hablar ni hacer casi movimiento alguno. Difundida por Cartagena la noticia de que estaba muriendo el apóstol de los negros, acudieron muchas personas a verle. Los que no podían llegarse a su lecho, entregaban al H. Nicolás González sus crucifijos, medallas y rosarios, rogándole que los tocara al cuerpo del santo varón, pues todos estaban seguros de que Dios Nuestro Señor había de hacer prodigios por la intercesión de un hombre cuya santidad era tan reconocida. Inmóvil perseveró todo el día 7, y por fin el 8 de Setiembre de 1654, entre una y dos de la mañana, expiró plácidamente San Pedro Claver. Toda la Iglesia de Dios y la humanidad entera, sin diferencia de sectas y religiones, no tiene sino una voz para alabar sin límites la virtud incomparable de aquel hombre, que se sacrificó tan heroicamente en bien de los prójimos. Como era de esperar, la Iglesia le concedió los honores de los altares, y por cierto que este honor le fué otorgado en compañía de su santo maestro, el humilde portero de Mallorca. En 1888 la Santidad de León XIII canonizó juntamente a San Alonso Rodríguez y a San Pedro Claver.